

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

MARIANO PICÓN, AL DÍA
SIGUIENTE

Muy joven, apenas traspuesta la adolescencia, llegó Mariano Picón Salas a Chile. Traía en su espíritu y en su sangre el fervor de la América libre y grande, y acá encontró refugio y estímulo para sus inquietudes superiores. Estudió en la Universidad de Chile, fue catedrático de la misma. En diarios, revistas y libros volcó sus pensamientos e ideales. Había en él una voluntad clara y decidida orientada a ahondar y definir la raíz histórica y social de nuestro continente para, a través de ella, configurar las líneas que han de engrandecerlo. Profesor, escritor, periodista, político, diplomático, su vida fue intensa y pródiga en acciones y enseñanzas. Colaboró en *Atenea* desde su fundación, páginas suyas aparecidas en esta revista fueron recogidas después en volumen, testimonio del espíritu de este ilustre venezolano.

La Dirección de *Atenea* enluta sus páginas ante su muerte reciente, tan lamentada en los ámbitos intelectuales de América; y se complace en la publicación del presente trabajo del profesor, escritor y político peruano, Luis Alberto Sánchez, quien como Mariano Picón Salas, vivió también varios años en nuestro país por las mismas circunstancias que impulsaron a éste.

N. de la D.

I

LOS ESCRITORES siempre fueron incomprensivos de sí mismos. Por mucha perspicacia crítica que luzcan, encallan en el autojuicio. Quien pretenda escribir su propia evaluación, confundiéndola con su

confidencia, cometerá grueso error. Por ser un hombre como todos, salvo en la sensibilidad y su expresión, Mariano Picón Salas fue reo de esa objetividad. El prólogo de sus *Páginas selectas* lo demuestra.

Creía Mariano que todo lo que produjo hasta 1933 podía ser eliminado de un rasgo. Para él, su vida empezaba (la literaria se entiende) a los treinta y dos. Con orgullosa coquetería daba por no recordables *Odisea de Tierra firme*, *Registro de huéspedes*, su pequeño tratado de historia del arte y sus numerosos comentarios revisteriles a la obra ajena. Prácticamente, su periplo literario empezaría con *Intuición de Chile y otros ensayos* (Santiago, Ercilla, 1935), de lo que me congratulo, ya que fui su coeditor. ¿Ello quería decir, si no yerro, que Mariano consideraba el odio y la pobreza como elementos literarios? Absurdo pensarlo; sin embargo, los hechos parecerían indicar que así ocurrió. Ese año de 1935, en diciembre, acaece el fallecimiento de Juan Vicente Gómez, y Mariano Picón emprende, poco después, el regreso a la patria, con el confeso propósito de intervenir en su política. Si ello no fue posible o duradero, culpemos a las circunstancias; de ningún modo el recóndito deseo de Picón. Soy testigo, soy copartícipe de su secreto y poderoso anhelo de convertirse en líder de partido. Después trataré de explicar las causas de este frustramiento.

Picón Salas había salido de Venezuela cuando todavía adolescente, empezaba a celebrar la Juventud. Las causas dependieron de su padre, y en cierta forma de Juan Vicente. Mariano hizo profesión de fe de su actitud antidictatorial y, por tanto, antigomecista mientras permaneció en el exilio de Chile. Allí se adiestró en historia, arte, letras y objetividad. Sincronizó el natalicio con el de su personalidad de ensayista. Es la que sobrevivirá a sus muchos escritos, junto con la de magnífico estilista, enamorado de la palabra por sí y por aquello para lo que sirve.

Retorno al *diktat* de Mariano acerca de su obra anterior a 1933. El que no la recogiera en su tomo antológico, no lo exime de responsabilidad sobre ella. Cuando se publicaron algunas páginas olvidadas de Rubén Darío, surgió una violenta discusión acerca de si era lícito o no revivir lo que un autor había matado de su propia obra. Es lo que se repitió cuando Alfredo González Prada comenzó la conmovedora tarea de editar los inéditos de su padre, el glorioso don Manuel. Unos dijeron: si González Prada se negó a publicar eso cuando estaba en vida es porque no lo consideraba digno de su renombre o había dejado de estar de acuerdo con su inspiración y su texto. La respuesta nos la dan todos los intentos de arqueología literaria que inundan las

bibliotecas del mundo. Con Mariano hay que utilizar la misma medida. Tanto mejor cuanto que de ello sale muy bien librado.

Es verdad que Picón Salas, como varios de los escritores característicos de su generación, carecía del don inventivo, pero poseía en cambio, y en cuán alta dosis, el de sintetizar, iluminar y decorar. Se había nutrido la leche modernista, y había adquirido por ósmosis el difícil arte de la elegancia verbal. Pudo decir, con unos versos de Ventura García Calderón, mi compatriota y su par, aunque de ningún modo nuestro contemporáneo: "iba curvado desde el tiempo mozo - bajo la carga de mi melodía". La melodía verbal fue una obsesión del modernismo; lo fue de Picón: cumplió su destino.

Su generación, la mía, recibió de Rodó el áspero, pero embriagador encargo de taracear de ideas la música literaria; o, si se quiere, de envolver en ritmo e imágenes el ejercicio mental. El curso había sido inaugurado por Guyau y Nietzsche, dos magníficos poetas de las ideas. Lo había oficializado Ernesto Renán, cuya sencillez resume una terrible densidad mental. Nuestra Epifanía fue la del ensayo en América. Hasta las más desapacibles lecciones sociológicas, como la de César Zumeta o las más optimistas, como la de Francisco García Calderón, circularon bajo el ropaje de estilos armoniosos, taraceados de metáforas atrayentes, a menudo poéticas. Los más significados escritores nacidos en los alrededores del 900 compartieron esa tendencia irreversible: citemos a Raúl Porras Barrenechea, a Germán Arciniegas, a Alcides Spelucin, a Jorge Carrera Andrade, a Pablo Neruda, a Nicolás Guillén, a Benjamín Subercaseaux, a Eduardo Mallea, a Mariano Picón. De los nombrados, sólo el primero y el último desertaron de la vida: los dos al filo de los sesenta y tres, lo cual, si bien no indica ninguna confluencia teológica, bien puede representar un eslabón más.

II

El problema generacional presenta aquí una fase decisiva. Conviene insistir en ello. Aunque personalmente no crea en la omnipotencia de la presión coetánea, ni en decisión de las constelaciones, es un hecho que cada cierto número de años, por la concurrencia de un número de circunstancias, las épocas escogen rumbos y expresión especiales. En el caso de la nuestra, según lo he referido en el preámbulo de mi libro *Balance y liquidación del Novecientos*, luego reeditado bajo el título de *¿Tuvimos maestros en América?* La música modernista y su sistema esteticista de ideas llenó los ámbitos del mundo

hispanoparlante entre 1890 y 1920 en forma sólo comparable a la que se produjo en época ligeramente más adelantada, en la Francia de los Gourmont, Renán, France, Barres, Lorrain, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Moreas. Un pensador debía elevar su estatua doctrinaria sobre un plinto musical. Un poeta podía darse el lujo de proceder a la inversa, o de sencillamente convertir en música el plinto y la estatua, de todo de una vez. Debimos inclinarnos ante aquel reclamo. Además de útil, era (y sigue siendo) bello.

Por lo común experimentamos cierta ingenua repugnancia ante la política. Veníamos de regreso del naturalismo, y nada hay tan natural y naturalista como la política. Los poetas poblaron su cielo de ángeles, a veces de "ángeles negros" como los de Andrés Eloy Blanco, coterráneo y casi coetáneo de Mariano Picón. Los ensayistas buscaron sus ángeles en las teorías. Los vistieron de peplo y clámide, convirtiendo a Grecia en el airón de sus querellas y la meta de sus preocupaciones. Rodó, gran responsable, había erigido a Atenas en paradigma y norma de sus anhelos culturales. Menos ambiciosos que él, más pegados a la tierra, sus discípulos mediatos creemos que la *euphrosine* seguía siendo posible aquí en América, pero con ciertas leves variantes criollas. Nuestra política se acorazó de teorías. Hizo del hecho, dogma. Convirtió el lenguaje aseverativo en palenque de analogías y, por tanto, metáforas. Nacimos a la política por el camino del ensayo generalizador; a la del ensayo, por la de la literatura; en ambos casos se rindió culto a la armonía expresiva. Fuimos políticos que se cuidan de decir bien y hasta de pensar mejor. Haberlo conseguido habría sido y sería nuestra ambición; la frustración de ese empeño no fue causa de languidez, sino de rectificaciones y reexámenes. No olvidemos: Amiel (no sólo "Ariel": Amiel) recibió nuestros mensajes, pese a sus atrevidas derrotas.

El ensayo sociológico, político, histórico, literario; el ensayo en suma —léase bien: el ensayo— sustituyó en nuestra generación al poema en prosa y en verso, a la indagación doctrinal, al cuento, al teatro y desde luego al tratado. El ensayo, ese género en que se profundiza a fuerza de aletazos, en que se diluye en sonrisas la gravedad de la existencia, en que se sonríe hablando de tragedias, en que Isaías canta y Ezequiel versifica. ¿Quiénes dejaron de cultivar el ensayo, en aquella legión juvenil del 900? No por cierto Víctor Raúl, ni Antenor, ni Germán, ni Daniel, ni Ezequiel, ni Benjamín, ni Gilberto, ni Fernando, ni Jorge, ni Juan, ni Félix, ni Rómulo, ni Gabriel, ni Luis Alberto, ni desde luego Mariano. Todos rondamos el ensayo; hasta la novela se hizo ensayista, resultó en forma de ensayo, sobre todo la "biografía".

De ahí la garra de conferenciantes y el impulso de maestros que caracterizó a la progenie novecentista. Mariano, más lanzado al viaje y a la especulación histórica, acabó siendo nada más que un ensayista. Hasta el erudito de *Los días de Cipriano Castro* recaló en el ensayo. A su autobiografía también siguió el rumbo.

III

¿Cuáles son los ingredientes vitales y estilísticos de la obra de Picón Salas?

Distingamos, primero, al hombre; luego al pensador; en seguida, al artista; y, tocante a lo primero, abramos proceso a sus dos caras: la íntima y la pública. De tal suerte nos será posible interpretar mejor a Picón Salas.

Empujado por el sino de su generación, ya lo dijimos, se proyectó hacia Chile, cuando era todavía un mozo. En *Viaje al amanecer* describe aquel choque. Se aclara en ese otro libro de entraña confidencial y juanramoniana *Regreso de tres mundos*: no olvidemos que Juan Ramón había publicado antes *Españoles de tres mundos*, sólo que los mundos de Juan Ramón eran los de Mariano, aunque coincidieran en el número y la intención.

El "mundo" chileno era para un venezolano de 1924 una saludable lección. Mientras en la patria de Miranda y Bolívar se prolongaba, a través de las dictaduras sucesivas del "cabito" Castro César (el símil es de Morantes, "Pío Gil") —y de Juan "Bizonte Gómez" (el apodo es de Blanco Fombona) la clásica tiranía de Guzmán Blanco, ocurría que, al revés, en Chile, cancelado el último individualismo el de Balmaceda, ahogado en la sangre de los caídos en Concón y La Placilla, había surgido un exigente institucionalismo que, aun cuando cediera al individualismo de Alessandri el Grande, no por eso dejaba de ser una expresión multánime y legal.

Reinaba en Chile la más absoluta libertad de palabra y de prensa. Los estudiantes organizaban movimientos cívicos. Se erguían al mismo tiempo la Reforma Universitaria, encabezada por un insigne grupo de jóvenes entre los que sobresalía el sacrificado poeta Domingo Gómez Rojas, Santiago Labarca, Oscar Schnacke, Juan Gandulfo, Eugenio González, y el alzamiento popular contra los "pelucones", encabezado por Arturo Alessandri Palma, Carlos Vicuña, Juan Luis Mery. Todo ello sonaba a música extraña para "un venezolano de la decadencia" (robémosle el giro a Pocaterra). Mariano Picón llegaba a Santiago con los poros abiertos para absorber aquella atmósfera inverosímil

para el Caracas regimientado de Juan Bizonte. El impacto fue inexorable. Mariano, que entendía la libertad y la amaba sin saber cómo, empezó a aprender cómo se la debía amar y para qué servía. Su tarea de esa época se concreta en una cátedra de historia del Arte, en un regusto bibliográfico que encalló en la Biblioteca Nacional de Santiago, entonces dirigida por el insigne crítico francés Emilio Vaïsse "Omer Emeth". Mariano fue empleado de la Biblioteca, redactor de "Atenea", codirector de "Índice", catedrático de la Universidad de Chile. Nadie le negaba su vocación de chileno sin olvidar su origen y ciudadanía venezolanos. Fue entonces cuando le conocí. Empezaba el año de 1930. Según él (*Viaje al amanecer*) nunca leyó tanto como en aquel período.

Mariano se distinguía por su locuacidad inquebrantable y su claro y ya maduro juicio. Comunicaba a la tertulia de la esquina de Huérfanos con Estado, es decir, a la de la puerta de Gath y Chávez y a la de la Confitería Palet, cierto acento tropical, que arrancaba sonrisas benévolas al seco e imaginativo Mariano Latorre, al extravertido Rafael Maluenda y hasta el "humoroso" Prieto, todos ellos pertenecientes a una promoción anterior a la de Mariano.

Publicó su *Intuición de Chile y otros ensayos*, su primera apertura en el género que sería su predilección. Ya había lanzado *Odisea de Tierra Firme* y *Registro de huéspedes*, dos libros contradictorios, el uno de índole polémica, el otro de ágil capacidad narrativa.

En diciembre de 1935, Juan "Bizonte" al fin se decidió a morir. Y se murió, como cualquier mortal, él que parecía disfrutar, si no de una vida ni de un amor, al menos de un odio y un poder inmortales. Mariano consultó largamente con su acrisolada conciencia de ciudadano americano, compulsó informes, recibió y devolvió misivas y, al cabo, se decidió —él también—, no a ninguna suerte definitiva, sino tan sólo a aplicar sus experiencias de residente de un país democrático a su propia patria, y trasfusionar la savia democrática adquirida en Chile a la perpleja Venezuela de López Contreras.

Recordaré un episodio. Mariano me fue a visitar a mi casa de exiliado, en la calle de Santa Beatriz, número 120, comuna de Providencia, en Santiago. Yo estaba tendido en un sofá, víctima del combinado y aleve ataque de un derrame cinobial y algo molar. Mariano llegó transfigurado. Ni sonreía ni bromeaba. Algo extraño le había ocurrido: el llamado de la patria. El no había intervenido en política, y era el momento en que debía de hacerlo. Invocaban su patriotismo sus paisanos y amigos. El nuevo gobierno, el de López Contreras, parecía decidido a reparar gradualmente los daños de la tiranía. La nueva generación tenía su oportunidad. Esa era la apariencia al menos.

Picón Salas estaba muy impresionado por el programa aprista y por la conducta de los exiliados apristas que formábamos legión en Chile. Quería discutir posibilidades programáticas. No sé, a la verdad, si pensó en dirigir o codirigir algún movimiento político. Pienso que sí. Pero le detenía su inexperiencia. Conversamos muy largamente. Era, en realidad, la primera vez que abordábamos a pecho descubierto proyectos y temas comunes. Poco después partió hacia Venezuela.

Las cosas no eran tan halagüeñas. Después de lo que él mismo denominaba "una intensa actividad política", aceptó un cargo en la diplomacia. Por esos días vimos llegar a Santiago a Rómulo Betancourt y a otros líderes venezolanos de izquierda, aventados por el huracán partidario. Rómulo, en compañía de Gonzalo Carnevali nos había visitado en el Perú seis años antes, durante el cambio que encabezó el comandante Sánchez Cerro, grande amigo del conspirador venezolano Arévalo Cedeño, quien obtuvo la rápida expulsión de Betancourt y Carnevali del Perú, en donde había nacido ya el aprismo, como partido político peruano, rama del movimiento del Apra, fundada en 1924 por Haya de la Torre.

La política fue un revés para Mariano. Espíritus como el suyo eminentemente críticos y esteticistas, chocan con la prosa de la acción pública. Es difícil comprender la poesía de la política. Ello se logra sólo después de haberla padecido a fondo, saboreando con masoquismo el sacrificio libremente elegido, y los desengaños del poder vehementemente buscado y rara vez logrado a plenitud, es decir, según nuestras previsiones y deseos. Mariano, dijimos, se replegó en la diplomacia, el estudio, las letras, la cultura. ¿Era su verdadero camino?

IV

Por los senderos de la diplomacia llegó al corazón de Europa y recorrió más aposadamente América. Sumando ausencias —soy de los que saben lo dura que es esta operación aritmética—, permaneció alrededor de veinticinco años fuera de su patria: veinticinco sobre sesenta y tres que alcanzó a vivir. Hubo épocas amargas y otras dulces, o, al menos, apacibles, que no es igual. Cuando llegó a Praga, en 1939, Checoslovaquia era una tierra industriosa, amenazada empero por el tremendo fantasma de la guerra. La patria de Benez y Mazariz padecía bajo el creciente azote de los Sudeten y sus hermanos de afuera. No obstante, pensemos cómo habría pensado Picón, esa era la tierra de Rainer María Rilke, ahí había inventado sus fantasmas Franz Kafka: era el centro mismo de la Europa ovillada de angustia. Así

como todos los caminos conducen a Roma: podía decirse que todos pasaban por Praga. El observador teorizante escribió en seguida un libro: *Preguntas a Europa*. En él encontramos algunos juicios definitivos tanto de la realidad acerca de la cual tratan, como del observador que la considera. Escuchemos estas palabras de Picón escritas en 1946, es decir, a la salida del conflicto que segó millares de vidas y esperanzas:

Escribe Mariano: "Para los suramericanos de mi generación, que aun no sacrificábamos todo ideal de Cultura *al Moloch de la Política* como parece ser el empeño de los más jóvenes, el viaje a Europa tenía, hasta los días angustiosos que precedieron a la segunda catástrofe, un valor de cotejo y aprendizaje. Europa continuaba siendo la 'Gramática de los estilos', un arte de pensar o construir, y hasta de hacer más amable, por la aceptación de ciertas fórmulas que acaso eran convencionales, el trato entre los hombres".

La frase encierra indudable amargor. La alusión al "Moloch de la Política", a la que el propio Mariano acababa de intentar sacrificar algunos de sus sueños, revela su estado de desánimo al respecto, y explica desde entonces la bifurcación esencial que para él existía entre ciertos aspectos de la Cultura y ciertos aspectos de la política. Sería fiel, en tratar de adecuar lo uno a lo otro.

En esas páginas confiesa su devoción por Europa; su descontento ante la "pedagogía pragmática yanqui" y ante la "chabacanería" fascista. La última observación define a Picón: por encima de la justicia o injusticia, de la validez o invalidez del fascismo, resalta su chabacanería, su mal gusto, su ostentación oropelesca, su cursilería trascendental. Esteta al fin y al cabo, juzga hechos y personas dentro de su canon, que en principio sería uno de los cánones de su generación, por eso formada de eximios escritores y grandes oradores, es decir, devotos del estilo, de la expresión cabal. La otra objeción de tipo racionalista de Picón a los modos políticos es la que formula al nazismo: se proponía éste no exaltar "la verdad, sino lo que se proponía creer" (o hacer creer), es decir, el mito. Esteta y racionalista, Mariano tenía que rendirse ante Europa, desconfiar de América, y amarla sin embargo, desoladamente, con desesperación de catecúmeno decepcionado desde la primera letra del Evangelio, pero convicto de tener que adherirse a eso, como el "algo" a que todos tenemos que adherirnos para evitar nuestro propio naufragio.

Mariano abrazaba decididamente una política y una religión de arquetipos, o sea, de valores. Frente a ellos carecían de importancia permanente el ágora, la dogmática partidaria, la adoración del Moloch", la política de sus preocupaciones. ¿Pudo encontrar Picón ese arquetipo,

siquiera para uso personal? No lo pudo. Cuando recordamos su angustia durante la reunión que tuvimos en La Habana, mayo de 1950, los partidos democráticos de América; cuando le veíamos impaciente por hallar fórmulas que tuviesen la virtud mágica de las del "abracadabra", erizándose contra la dictadura y tratando de reducirla con palabras, tenemos una visión de cuál era su sufrimiento y de cómo pensó elevar a principios las circunstancias, en el afán de hallar luces, pero luces definitivas para las tinieblas de América, sometida entonces a múltiples tiranos.

La impronta de Europa no decidió a Mariano sino que coincidió con su sustancia. Por eso le he llamado "un pesimista alegre", y por eso me gustaría caracterizarlo como "desesperado esperanzado", a fin de conciliar en un término, por paradójico que sea, su fe en el futuro y su decepción ante los medios de realizarlo y realizarse.

V

Mariano no fue propiamente un historiador. Cuatro de sus libros tratan de penetrar en sendos temas históricos: sobre Pedro Claver, Miranda, Cipriano Castro y la marcha ideológica y social de la Colonia a la Independencia. De los cuatro, el último retrata mejor que los otros la fortaleza del aparato cultural e ideológico del autor; los otros bordan en ágil y pintoresco estilo vidas por diverso concepto insignes. En los cuatro, la gracia del estilo distrae del asunto. Podría afirmarse que el escritor "diversiona" al historiador. Por lo demás siempre hubo en Mariano una tensa voluntad de estilo que no desperdició oportunidad de ponerse a prueba. De ahí que su obra toda luzca y se resienta de lo mismo que puede ser considerado exceso o justeza, pero de todos modos, virtud: su amor a la forma, su sensualidad expresiva, su plasticidad, su melodía.

Enfocar la obra o cualquier obra de Picón sin emplear a cabalidad o hasta donde ello fuese alcanzable, la inteligencia, sería inferirle un agravio. Lo típico de Mariano fue una evidente actitud de Argos de mil ojos, y los mil abiertos, en vigilia perenne, para columbrar, descubrir, examinar y penetrar la realidad. Por eso, cuando enfrentamos una tarea suya será rendirle el mejor homenaje librarse del ensalmo de su estilo para medir la hondura del concepto y la altitud de la intención. Digo esto para excusar, si fuere preciso, la terca, aunque no sé si conseguida lucidez de este homenaje.

Dentro de ese concepto, tratemos de caracterizar su *Miranda*. Creo que no alcanzó la meta Picón Salas. Sin embargo, de su enunciado

inicial, las secuencias no condicen con aquel dicho enunciado que es el siguiente según palabras textuales: "El tema Miranda, para un drama psicológico y político, drama de eterna vigencia porque inciden en él, como en muchas tragedias colectivas de nuestro tiempo, lo individual y lo social, el irracionalismo y la lógica, la cultura y el instinto, siempre me fascinó como proyecto literario". Hasta aquí las frases de Picón; insisto en el voto final: "como proyecto literario". Lo que sigue aunque trate de atenuar esta expresión, no hace sino corroborarla. Picón desdeña el "pintoresquismo", pero Miranda fue, por doble y paralela vía, trascendental y pintoresco. Quien se reduzca a uno u otro extremo mutilará la personalidad de ese que fue no sólo "Don Quijote, Fausto, don Juan" y "solitario Rey Lear", sino también Sancho, Sganarelle y Ciuti, y a ratos Mefistófeles. Miranda cabe dentro del término de "el nunca fatigado proyectista", porque fue eso y, además, soñador y realizador, cuyo pecado mortal consistió en confundir lo europeo con lo criollo, sin percatarse del imperio telúrico y de la fatalidad étnica, dos circunstancias irrenunciables.

El drama de este libro reside en que Picón Salas creía a medias en Miranda y eso resta el libre juego de la inteligencia puesto que la mediatiza con el sentimiento incompleto. En cambio, cuando no cree nada, cuando al escepticismo esencial, limpio de trabas, salvo las expresivas, se sobrepone libérrimo ejercicio literario, y sólo atina a tratar de infundir belleza, sin importarle el epifonema, la didáctica o la verdad, fiado sólo en la omnipotente capacidad mítica de la superstición o de la fe, entonces, y es cuando escribe su *Pedro Claver*, entonces acierta de punta a cabo. Es ahí donde despliega, con sensualidad de esteta, el abanico de sus recursos literarios. Bastaría establecer una estadística lexical para concluir en que el Picón de este libro es el más lujoso, el más asiático de todos los picones de su vasta obra. Se fía en su propio esfuerzo, y, por tanto, lo nimba de aureolas estéticas, sin parar mientes en acideces críticas. Embriagado de una fe verbal, que no es de las menos contagiosas, se lanza a una desenfrenada orgía de figuras, sugerencias, descripciones y conceptos. Entonces se revela historiador de veras, porque crea un mundo que nadie que lo conozca podrá desdeñar en adelante. Al Miranda se lo comparará con otros Miranda; en su Claver sólo con la posibilidad de engendrar otro a su imagen y semejanza.

Pero es, sin duda, en *Los días de Cipriano Castro* donde ostenta Picón Salas su más acabado tono de historiador y cronista. Picón era un miniaturista. Los realistas sintéticos escollan y naufragan pronto; los analistas acaban triunfando de la incuria de su lector y de la desi-

dia de sus analfabetos. Picón había oído hablar del "cabito" y había sufrido las consecuencias de su rápido mutis de la historia venezolana. En 1909, cuando Mariano contaba ocho años, los Andes, tierra de Picón también, transfirieron de Castro a Gómez las ásperas esencias de aquella tierra hasta ahí ajena al poder político pleno. Explicar a Gómez sin Castro sería absurdo; y explicar a la Venezuela de hoy, sin Gómez, caería fuera de toda posibilidad; y explicar a Picón Salas sin la Venezuela actual, de que fue "speciman" habría sido cruel e inútil. *Los días de Cipriano Castro* son los de la infancia de Picón, y el recuerdo más vigoroso grabado en su cera. Por eso, en tal libro despliega lujos de poeta, pormenores de novelista, críticas de sociólogo, puntualidades de historiador. Es el cuadro de Caracas al comenzar el siglo. Con el libro de Díaz Sánchez sobre Guzmán y ciertos capítulos de *Mi compadre* del colombiano Fernando González, *Los días de Cipriano Castro* —al nivel del *Ecce Pericles* de Rafael Arévalo Martínez, en Guatemala, de *Vísperas de Caseros* del argentino Arturo Capdevila— resalta como un brillante camafeo en el sombrío joyero de los dictadores venezolanos.

De la Colonia a la Independencia recogerá las meditaciones y reseñas de lecturas de Mariano acerca de dos siglos de historia americana. En realidad, el mérito del libro, desprovisto de ímpetu original, radica en su capacidad de síntesis y en su potencia descriptiva. Es un libro hecho de libros, lo cual no quita méritos; un libro sinóptico: tajante y apodíctico.

VI

Como Picón Salas representaba un auténtico valor y, por tanto, era el reflejo de una época de la que fue en cierto modo paradigma intelectual, es natural que la generación venezolana siguiente a la suya extremara las censuras, ataques y a veces hasta infamias contra él. Digo lo último porque, según he leído, en una revista de "crítica" general, se pretendía presentar a Mariano como un "profiteur", tal como mi generación trató de presentar a sus antecesores inmediatos, entre ellos a Rodó, García Calderón, Díaz Rodríguez, Eduardo Barrios, Chocano, Lugones y tantos y tantos más. Yo mismo me hice reo de ese inevitable desfogue adolescente cuando escribí mi citado libro *Balance y liquidación del novecientos* (1940) - (1945).

Las críticas y ataques eran y son entendibles y hasta necesarias. Una promoción requiere rebotar contra algo para alcanzar mayor

vuelo o velocidad. Además, debe distinguirse sobre todo de la inmediatamente anterior, a fin de destacar sus propias virtudes. La adolescencia se caracteriza por su capacidad negadora, no negativa, pues negando afirma, y en ese sentido, ni siendo puede ser afirmativa. Mariano era una especie de delegado ad hoc de la "intelligentzia" venezolana: debía sufrir los efectos del inevitable alquitaramiento juvenil.

Pero entre esas críticas se extremó una que conviene elucidar: se acusó a Mariano de acomodaticio y lucidor. Nada más falso. Los que vimos a Picón arriesgar lo que para unos vale poco, pero que para él valía mucho, pues nunca fue guerrero sino hombre de letras, y el aguerrimiento calza al primero del propio modo que la tolerancia distingue al segundo, esos no olvidamos que, habiendo podido cotizarse, se negó a todo precio y arrojó las consecuencias de su lealtad, con el destierro. Si no fueron más duras es porque poseía un talento plástico y una cultura enorme. Pero recordemos: Mariano ejerció de profesor común y corriente, hasta donde él podía ser corriente y común, en México, en Estados Unidos, en Chile: esto último, antes de 1935, aquello después de 1948. Si regresó a fundar la Facultad de Letras de la Universidad Central no cometió con ello deslealtad, sino que trató de acendrar y encauzar esencias venezolanas, mejor dicho, americanas. De otro modo, Betancourt, que siempre ha sido político y hombre de partido, no habría confiado en Picón, al punto de que, sin exigirle afiliación, le brindó la posibilidad de estar muy cerca de su persona y su régimen como Secretario de la Presidencia.

Desde luego, los enemigos de Betancourt, que cometió el "crimen" de mantener el imperio del orden democrático a despecho de las conspiraciones fascicastroistas, encontraron blanco atrayente en Picón Salas. El hombre se apoyaba en su pluma, mas no en policía ni ejército ni secuaces. Además, era tan inhumanamente inteligente que provocaba herirle para que rompiese su tersura y mostrase, como dicen los argentinos, "la hilacha". No sé de que alguna vez la mostrase, pues todos la tenemos; pero de haber ocurrido, fue tan a la sordina que nadie recuerda el hecho y, en cambio, todos tenemos presente la serena sonrisa, a veces la amarga sonrisa, conque este exiliado perenne de su patria reiteró el amor que le ataba a ella, por encima de imprecaciones, deprecaciones, supersticiones, y befas.

"El mérito de los hombres tiene su estación a la manera de los "frutos", ha escrito La Rochefoucauld en su número 291 de sus *Reflexiones morales*. Este pensamiento justo se completa con otros dos, los numerales 267 y 271 de las mismas: "La rapidez para creer lo malo sin saberlo analizado bastante, es un efecto del orgullo y la pereza:

se busca hallar culpables sin darse el trabajo de examinar los crímenes"; "La juventud es una embriaguez continua: es la fiebre de la razón". Magníficas sentencias. ¿Pudieran aplicarse a Mariano y sus negadores juveniles en todos sus extremos? Pensémoslo cuidadosamente.

¿Llegará pronto o habrá llegado sin que nos demos cuenta la estación propicia a los méritos de Picón Salas? ¿No serán el orgullo y la pereza de una juventud biológicamente enferma de "fiebre de la razón", los que se han obstinado durante los últimos años en calificar de reo a aquel cuyos "crímenes" jamás se detuvieron no sólo a enjuiciar, sino ni siquiera a enumerar?

Como quiera que sea, Mariano Picón Salas yergue desde ahora su estatura dominando varios ambientes de la intelectualidad americana. No es la suya la dimensión sólo esteticista de Díaz Rodríguez, ni la sola polémica de Blanco Fonbona, ni la fundamentalmente poética de Gallegos, ni la gozadora y tierna de Andrés Eloy, ni la apostólica de Acosta; es eso y otras cosas. Le sobra de esto y le falta de aquello, pero el contorno rima con la circunstancia en que se produjo, en que se expresó y se expresa. Como todos los artistas y los pensadores, Picón Salas fue "el hombre y su circunstancia", pero, fijémonos: el hombre pudo más, mucho más que la circunstancia y, en ocasiones, la obligó a servirle, sin perderle la cara, sin abandonar la sonrisa triste de niño engolosinado de infinito, ahito de racionalismo, como fueron su personalidad y su estilo: "el viajero y su sombra"... Y su sombra que ahora empieza a crecer...

Lima, enero de 1965.